

JOSÉ SANMARTÍN
(Coordinador)

el laberinto de la violencia

CAUSAS, TIPOS
Y EFECTOS



Ariel

CAPÍTULO 11

GUERRA

por JAVIER ORDÓÑEZ, *catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia en la Universidad Autónoma de Madrid y director del Departamento de Lingüística y Lógica*

1. Introducción

Las guerras son escenarios privilegiados de la violencia. Podría decirse que el ser humano se ha esmerado en su desarrollo y ha sido especialmente creativo en su aliento y cuidado. Ha producido guerras de todas clases y ha malgastado buena parte de su tiempo y recursos para alimentarlas. Difícilmente puede señalarse una cultura, entendida en el sentido de Malinowski, es decir, en el sentido de herencia social¹ en sociedades primitivas, que no haya cultivado la guerra. Las sociedades más desarrolladas muestran el mismo interés en su perfeccionamiento. El aumento de conocimientos supone un refinamiento en el arte de la guerra, completado algunas veces, sólo algunas veces, por mecanismos jurídicos que atenúan su violencia.

No se trata de desbrozar en este capítulo los problemas relacionados con la naturaleza de la guerra, ni de relatar la historia de qué cambios sustanciales se han producido en su percepción, definición y justificación. Más bien, se trata de analizar los escenarios de violencia que ha generado y todavía genera. Sólo con esa pretensión se podrán realizar consideraciones acerca de la definición y clasificación de las guerras, con el fin de que sirvan como instrumento de análisis.

2. La definición de guerra en tres etapas

Actualmente nadie sensato sería tan optimista como Aristóteles cuando afirma que *hacemos la guerra para tener paz*.² Es posible que

1. Malinowski, B. (1975): «La cultura», en *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Anagrama, p. 85.

2. Aristóteles (1985): *Ética a Nicómaco*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, p. 116.

muchas veces la paz surja simplemente como producto del cansancio de la guerra. Sin embargo, conviene no ser demasiado pesimistas y ras- trear las definiciones más significativas que puedan poner al lector en contacto con ella.

2.1. SUN TZU

En primer lugar se puede mencionar la definición de Sun Tzu que aparece en el tratado *El arte de la guerra*. Contemporáneo de Confucio (siglos VI-V antes de nuestra Era), Sun Tzu fue un estratega a quien se supone autor de este libro y cuya tesis fundamental es que se ha de tratar de superar al enemigo mediante la sabiduría, y no simplemente por medio del empleo de la fuerza. El comienzo de su libro es muy interesante, ya que afirma que *la guerra es el asunto más importante para el Estado. Es el terreno de la vida y de la muerte, la vía que conduce a la supervivencia o a la aniquilación. Por lo tanto, es imperativo estudiarla profundamente.*³ La reflexión de Sun Tzu conserva hoy toda su vigencia no sólo porque la guerra sigue siendo un hecho terrible, sino porque su recomendación de estudiarla profundamente no ha sido del gusto de todos los filósofos. La guerra se ha estudiado para mejorar su eficacia e incluso para regular su desarrollo, pero menos veces para entender su naturaleza y contribuir a evitarla.

2.2. CARL VON CLAUSEWITZ

En segundo lugar, cabe detenerse en la definición dada por Clausewitz veinticuatro siglos más tarde. Es más concisa y brutal, afirma que *la guerra es un acto de fuerza destinado a obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad.*⁴ Aquí ya aparece una referencia explícita al uso de la violencia en el término «fuerza» y ya se presume que toda acción bélica llegará a ser legítima para obtener ese fin, porque todo lo que esté destinado a doblegar al enemigo acabará siendo legítimo, ya que lo que legitima una guerra es ganarla. Esta tautología terrible sienta las bases de la violencia de los escenarios bélicos de los últimos dos siglos. Probablemente Clausewitz no desearía extraer tales consecuencias de su teoría, pero el hecho es que están contenidas en ella.⁵

3. Sun Tzu (2001): *El arte de la guerra*, Madrid, Editorial Trotta, p. 107.

4. Clausewitz, Carl von (1999): *De la guerra*, Madrid, Ministerio de Defensa, p. 179.

5. En Beevor, A. (2002): *Berlín, la caída: 1945*, Editorial Cátedra, p. 459, se cita de un informe de la SHAEF en el que los generales alemanes interrogados acabada la guerra *aprueban todo tipo de acciones siempre que tengan éxito: lo que lo tiene es correcto, lo que no, incorrecto. Así, por ejemplo, fue incorrecto bombardear Inglaterra en 1940. Si se hubiesen abstenido de hacerlo, Gran Bretaña se habría unido a Hitler en la guerra contra Rusia.*

2.3. EN LA ACTUALIDAD

Todo lo que hoy se puede decir sobre la guerra está determinado por lo ocurrido en las guerras de los siglos XIX y XX. Por eso, para el propósito de este capítulo se propone una definición provisional de guerra como aquel estado en el que se considera legítimo el uso de la violencia indiscriminada y global, y esta legitimidad se invoca públicamente. Generalmente, cuando se menciona el derecho de guerra, se pone el énfasis en que la violencia no es indiscriminada, algo que queda desmentido precisamente cuando hay que justificar las víctimas que se producen a partir del uso de esa violencia. Es decir, se aceptaría que la guerra es aquel estado de cosas público (una situación política) en el que se considera legítimo que haya víctimas (llamadas víctimas inocentes) de la violencia inevitable y global. La violencia es parte fundamental de la guerra. Es más, se reconoce como tal.⁶

3. Diferencias entre el pasado y el presente

Aparentemente, poco podemos aprender del pasado para conjurar las guerras. Aunque han merecido la atención de algunos pensadores muy significados como, por ejemplo, Bertrand Russell,⁷ quien se atrevió a abordar el problema de las guerras valientemente, con demasiada frecuencia la mayoría ha sucumbido a la modorra filosófica de los problemas de moda propios de cada época. Hoy la civilización hegemónica en el mundo ha engordado las guerras hasta convertirlas en el escenario de nuestro pánico. Las guerras del siglo XX han convertido a todos los seres humanos en soldados y, por lo tanto, en posibles víctimas legítimas de ellas. Aunque sólo fuera para entender esa transformación, conviene analizar sumariamente los cambios que han sufrido las guerras en la historia.

En lo que se refiere a su evolución a lo largo de la historia, la guerra ha cambiado en la misma proporción o medida en que han *progresado* las sociedades. Se puede establecer una frontera histórica en el momento en el que las guerras se convirtieron en una amenaza total. Se propone el límite divisorio a mediados del siglo XIX, cuando dos guerras, la de Secesión americana —entre dos partes de aquella nueva sociedad— y la guerra francoprusiana de 1870 —entre Francia y el emergente imperio alemán— transformaron el modo en que las sufrieron las propias sociedades que las patrocinaron. La guerra de Secesión no fue, sin duda, la primera guerra

6. Sobre qué definición se podría hacer de «violencia», de entrada no conviene aceptar el concepto popular y espontáneo que se tiene de ella, ni confundirla con la que se produce durante la guerra, ni tampoco con la violencia consustancial a la condición humana, en todas y cada una de sus manifestaciones, por mucho que haya relación entre ellas.

7. Russell, B. (1963): *La guerra nuclear contra el sentido común*, Editorial Aguilar. Russell fue el promotor del «*Manifiesto Einstein-Russell*» y miembro fundador y presidente por varios años de la *Campaña para el Desarme Nuclear (CDN)* y del *Movimiento Pugwah*.

ciudades que las impulsaron intentaron regular y limitar los estados de violencia colectivos por medio de protocolos, pautas, rituales y límites. El *estado de guerra* llevaba anejos intentos éticos y jurídicos si no para detener la violencia, al menos sí para limitarla. Para que esto fuera así se exigían dos requisitos fundamentales: una causa y la aceptación del final del conflicto con un proceso negociador. Evidentemente, este ideal no era compartido por todos y hay abundante literatura que presenta la guerra como lo fue realmente y no como lo que se deseaba que fuera.

En este ideal de la guerra subyace la idea de que debe ser *parcial* y esto puede ser entendido de dos formas básicas. Parcial, en cuanto que debe estar confinada en un escenario, habitualmente una parte geográfica en litigio. O bien parcial, en cuanto se limitan los bienes que se juegan en la contienda. En este último caso, se supone que la derrota de una de las partes está representada por la derrota de un ejército, y la consiguiente victoria de otro, que fuerza la negociación posterior entre ambos. Esta negociación se resuelve en una transacción territorial y en reparaciones de guerra. En este tipo de guerras la población civil supuestamente quedaría al margen de la contienda.

Frente a esa representación de guerras limitadas entre ejércitos con batallas muy acotadas, más propias de la literatura y de la cinematografía caballerescas, las guerras actuales proporcionan otros escenarios de la violencia más cercanos a lo que se ha denominado como guerra *total*. No todas las guerras del siglo xx han sido *totales*, pero los principales conflictos, las dos guerras conocidas como mundiales, han proporcionado elementos de violencia *total* que han contaminado otras formas más limitadas de realizar las guerras. En este sentido, todas las guerras del siglo, acotadas o no, han conseguido que el sentimiento de amenaza se generalice de forma que ningún ámbito de las sociedades que participan en las contiendas se sintiera a salvo de la violencia. Tales amenazas no surgen únicamente de las intenciones de los contendientes sino que tienen un fundamento en el desarrollo tecnológico. A lo largo del siglo xx se han desarrollado tecnologías que proporcionan métodos de destrucción masiva en forma de armas químicas, atómicas y biológicas. La difusión de los conocimientos para la fabricación de estas armas hace que hoy cualquier sociedad, por muy poderosa que sea, se sienta vulnerable ante la violencia. Se ha generado así un escenario de violencia en el cual cualquier sociedad se siente amenazada de una forma total, tanto como para ver en peligro su supervivencia.

4.2. UNA TOPOGRAFÍA DE LA GUERRA

Además de esa división tan sumaria, se puede establecer una topografía de las clases de guerra en función de los actores que determinan los escenarios de violencia. La guerra contemporánea más parecida a la guerra tradicional sería la que se diera *entre Estados* ya constituidos.

ciudades que las impulsaron intentaron regular y limitar los estados de violencia colectivos por medio de protocolos, pautas, rituales y límites. El *estado de guerra* llevaba anejos intentos éticos y jurídicos si no para detener la violencia, al menos sí para limitarla. Para que esto fuera así se exigían dos requisitos fundamentales: una causa y la aceptación del final del conflicto con un proceso negociador. Evidentemente, este ideal no era compartido por todos y hay abundante literatura que presenta la guerra como lo fue realmente y no como lo que se deseaba que fuera.

En este ideal de la guerra subyace la idea de que debe ser *parcial* y esto puede ser entendido de dos formas básicas. Parcial, en cuanto que debe estar confinada en un escenario, habitualmente una parte geográfica en litigio. O bien parcial, en cuanto se limitan los bienes que se juegan en la contienda. En este último caso, se supone que la derrota de una de las partes está representada por la derrota de un ejército, y la consiguiente victoria de otro, que fuerza la negociación posterior entre ambos. Esta negociación se resuelve en una transacción territorial y en reparaciones de guerra. En este tipo de guerras la población civil supuestamente quedaría al margen de la contienda.

Frente a esa representación de guerras limitadas entre ejércitos con batallas muy acotadas, más propias de la literatura y de la cinematografía caballerescas, las guerras actuales proporcionan otros escenarios de la violencia más cercanos a lo que se ha denominado como guerra *total*. No todas las guerras del siglo XX han sido *totales*, pero los principales conflictos, las dos guerras conocidas como mundiales, han proporcionado elementos de violencia *total* que han contaminado otras formas más limitadas de realizar las guerras. En este sentido, todas las guerras del siglo, acotadas o no, han conseguido que el sentimiento de amenaza se generalice de forma que ningún ámbito de las sociedades que participan en las contiendas se sintiera a salvo de la violencia. Tales amenazas no surgen únicamente de las intenciones de los contendientes sino que tienen un fundamento en el desarrollo tecnológico. A lo largo del siglo XX se han desarrollado tecnologías que proporcionan métodos de destrucción masiva en forma de armas químicas, atómicas y biológicas. La difusión de los conocimientos para la fabricación de estas armas hace que hoy cualquier sociedad, por muy poderosa que sea, se sienta vulnerable ante la violencia. Se ha generado así un escenario de violencia en el cual cualquier sociedad se siente amenazada de una forma total, tanto como para ver en peligro su supervivencia.

4.2. UNA TOPOGRAFÍA DE LA GUERRA

Además de esa división tan sumaria, se puede establecer una topografía de las clases de guerra en función de los actores que determinan los escenarios de violencia. La guerra contemporánea más parecida a la guerra tradicional sería la que se diera *entre Estados* ya constituidos.

miento de la historia, la construcción de la memoria colectiva debe servir para entender, analizar e intentar rectificar, no para justificar la violencia presente. Resulta desalentador comprobar que bajo el realismo bélico subyacen ideas muy elementales cuyos efectos sociales suelen ser terribles. Por ejemplo, respecto a la idea de la naturalización de la guerra, el escritor alemán Carl Amery⁹ sostiene que la idea de la guerra asociada a una visión naturalista ha existido siempre, pero que en la época hitleriana encontró la expresión, si no más acabada, al menos más visionaria, precoz y premonitrice de lo que ya es y puede llegar a ser el *planeta global* del siglo XXI.

Se partió de las enseñanzas del darwinismo decimonónico, a partir de una experiencia intuitiva y pobre del mismo, asociándolas al fermento de la cultura popular alemana de la década de los veinte a los treinta, es decir, a la vivencia subjetiva de la escasez o finitud de los recursos económicos; de la supuesta degeneración y pesimismo del arte moderno; y de los avances de la ciencia en la maquinización del hombre convirtiéndolo en hombre económico. A todo ello se unió el odio al bacilo judío como portador de una enfermedad mortal —la convicción de que el hombre puede superar a la naturaleza por medio de la compasión que tolera la existencia de lo débil, del humanismo igualitario y del internacionalismo cultural—. Todo contribuyó a sustentar las conclusiones sociales del régimen hitleriano como una verdad absoluta. El esquema de la existencia es el de la terrible Reina Naturaleza, y a ella y sólo a ella hay que obedecer. Únicamente la aristocracia sobrevive y, por lo tanto, se trata de ejercer de aristócrata, bien esclavizando a los subhombres para servirse de su trabajo, bien eliminando el excedente. La raza dominadora tiene así garantizada una existencia superior, de una calidad máxima y duradera. Auschwitz no sería entonces sino la parte más urgente del programa, ya que el bacilo judío es inadmisibile, puesto que es la base de una ideología que ataca directamente a la Reina Naturaleza y no trae sino decadencia y perdición a largo plazo.

A pesar de la derrota del Tercer Reich, a partir de 1945 se impone la visión jeffersoniana del usufructo de bienes donde la tierra es provisión de un granero inagotable y el capitalismo sin fronteras, en torno a acuerdos, tratados y buenas relaciones de vecindad, garantiza la paz y la prosperidad. Es decir, la explotación de la madre naturaleza sin más hasta el agotamiento que en la actualidad parece manifestar. Una situación de expoliación y finitud de recursos que hoy cualquier colectivo puede identificar, con la consiguiente tentación de acudir a un naturalismo darwinista para actuar en consecuencia. Más de un dictador asiático, americano y africano ya lo hace. Pero si se mira hacia el futuro, cuando el problema se imponga de forma radical, ¿quién asumirá espontáneamente el papel de seleccionador; ese papel ineludible para la supervivencia de los pocos que la *Madre* admita? Es fácil imaginar la

9. Amery, C. (2002): *Auschwitz: ¿comienza el siglo XXI?*, FCE/Turner.

Pero el siglo xx ha sido pródigo en guerras declaradas para construir Estados, a partir de situaciones coloniales o por escisión dentro de Estados precedentes. Con frecuencia éstas han sido *guerras de liberación* invocadas por un *sentir nacional* que desea liberarse de una dependencia, y han estado ligadas a movimientos románticos o neorrománticos. Asociadas a éstas, y en numerosas ocasiones, sin que se distingan demasiado, se pueden situar las *guerras civiles* y las *guerras étnicas*. Por su parte, las *guerras de religión* entre colectivos de creencias diferentes que basan el conflicto en esa diferencia de creencia, gozan de una excelente salud, ya que se basan en supuestos mandatos divinos que nunca caducan.

Durante casi toda la segunda mitad del siglo xx todas estas guerras se han enmarcado en un escenario determinado por la existencia de dos bloques, dirigidos respectivamente por la URSS y Estados Unidos, que las han usado para regular su influencia en un estado de guerra que acuñó un término especial, la *Guerra Fría*. A finales de los noventa, Estados Unidos se afianzó como potencia hegemónica y produjo una nueva generación de conflictos que podrían denominarse *guerras imperiales*.

Esta topografía de la guerra se superpone a otro tipo de denominaciones como las guerras de expansión, dominación, económicas y preventivas. Finalmente, se pueden mencionar las guerras no declaradas como las guerras civiles larvadas, el terrorismo y los estados de represión.

4.3. GUERRAS JUSTAS E INJUSTAS

Muchas veces se argumenta que la guerra no tiene justificación posible; que el estado de guerra silencia al de derecho; que se trata de un estado de excepción donde no hay reglas morales y donde todo vale, como si las guerras fueran *estados de conciencia* en los cuales las sociedades renuncian a su dignidad. Eso explica que muchos consideren que son situaciones inevitables, asociadas a una especie de brutalidad colectiva periódica inscrita en la *naturaleza* humana. Una naturalización semejante suele avalarse acudiendo a lo que ha sucedido en la historia a la hora de la constitución de las naciones o Estados y se completa con la máxima *la guerra hizo el Estado y el Estado hace la guerra*.⁸ El pesimismo de muchos clásicos siempre mencionados en estas cuestiones como Maquiavelo o Hobbes suele utilizarse para legitimar este naturalismo, aunque ambos pensadores dieron lugar a tradiciones muy diferentes en filosofía política. Sin embargo, conviene detenerse más en esta cuestión y negarse a un *realismo* tan naturalista para poner de manifiesto los fundamentos de ese determinismo social.

Que la guerra haya sido perro fiel de la cultura no quiere decir que sea inevitable, todo lo más indica que lo ha sido hasta ahora. El conoci-

8. Keegan, J. (1999): *War and Our World*, Pimlico, p. 31.

respuesta. Quien tenga más que perder. En todo caso, la idea motora y esencial del programa hitleriano ya se lleva a cabo de muchas y sutiles maneras, sin necesidad de la zafiedad de Auschwitz, cada día en el *planeta global*: selección de nacidos, eutanasia pasiva, selección de viejos en función de su estatus económico, selección de subhombres que alimentan a la aristocracia occidental, la genética como gran recurso para el futuro, en suma, selección de sobrantes.

Este análisis pavoroso trata la violencia y la guerra como un patrón de la *cultura de lo natural*. La guerra sigue las leyes de la naturaleza. Podría intentarse un paso más allá y ver esta naturalización como el recurso más fácil impuesto por la pereza de lo racional. La cultura, entendida como razón, optaría por el esquema del triángulo guerra-violencia-supervivencia si aplicara patrones naturalistas. La posibilidad de superar este realismo naturalista requiere aceptar las desventajas de desposeer al hombre de su raigambre con lo natural y superar la pereza filosófica que subyace a cualquier iusnaturalismo.

Pero volviendo al ideal de la *guerra tradicional* entre Estados del que, a estas alturas, todavía se hace propaganda, se requiere que ésta sea considerada como justa. En realidad, en cualquiera de los tipos de guerra mencionados anteriormente, los contendientes pretenderán hacer una guerra justa. Hasta los más brutales, los que consideren simplemente su derecho a ejercer la supremacía en el ejercicio de la violencia, intentarán convertir su litigio en una *guerra con justificación*.

¿Cuándo se puede considerar que una guerra es justa?¹⁰ En primera instancia la legitimidad de una guerra se ha asociado siempre con el *principio de legítima defensa*. Por ejemplo, si un Estado invade otro, el invadido está legitimado para defenderse y para declarar el estado de guerra. Pero también se invoca el *principio de legítima ofensa*, cuando un colectivo se siente con derecho a hacer la guerra. Las cruzadas o las guerras santas son un ejemplo característico de aplicación de ese principio, aunque no el único. Finalmente, se puede mencionar el *principio de la ofensa como la mejor de las defensas posibles*. En este caso, la guerra es un acto preventivo contra un supuesto y previsto ataque. Todas las épocas ofrecen ejemplos de este tipo de guerra. Ya en la Historia de la guerra del Peloponeso se encuentra el ejemplo de la aplicación de la guerra preventiva. En este caso, los Melios debían ser sometidos para evitar que su independencia sirviera de mal ejemplo para el resto del imperio ateniense.¹¹ Así, contra lo que cabe esperar, es un tipo de principio que habitualmente invocan los fuertes, los estados imperiales. Es decir, cuando una organización social política o religiosa (Estado) es notoriamente superior en recursos materiales, organización política, fuerza y recursos tecnológicos que otra u otras, suele establecerse una dicotomía

10. Walzer (2001a): *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Paidós, p. 29 y ss.

11. Tucídides, citado en Walzer (2001a), p. 31.

que funciona como un sistema de principios interiorizados de *civilización frente a barbarie*. Esto es, la conciencia de neta superioridad hace que se conciba a la otra parte como necesariamente *bárbara* y, por lo tanto, moralmente inferior, lo que justifica su sometimiento en mayor o menor grado. Este principio funciona de manera más o menos sutil en todas las sociedades y en muchos de los conflictos entre colectivos en el seno de dichas sociedades. Lamentablemente, las palabras de Tucídides siguen valiendo en nuestros días: «Los poderosos consiguen todo lo posible y los débiles han de aceptarlo.»¹²

Sin embargo, la noción de guerra defensiva como algo legítimo ha sufrido una profunda transformación en el siglo xx. La existencia de armas definitivas o totales ha modificado incluso las justificaciones de la guerra y ha hecho entrar a la Humanidad en un nuevo estadio de paranoia. Cuando se adquirió el poder de fabricar bombas atómicas y nucleares en serie se alteró el principio según el cual la guerra es legítima cuando es la respuesta ante un primer ataque. La amenaza de destrucción total en ese primer ataque, el que da el primer golpe vence, hace que se vea como legítima la guerra preventiva desde una perspectiva nueva. Hasta disponer de armas de destrucción masiva nunca se había planteado de forma semejante, era imposible lograr la destrucción total del enemigo en el primer envite. A partir del desarrollo de armas atómicas, químicas y biológicas, parece legítimo atacar sin ser atacado para evitar la posibilidad de ser aniquilado. Es decir, una sociedad tiene derecho a la guerra preventiva. Como contrapartida, las sociedades atacadas buscarán tener suficiente poder residual como para destruir al atacante, aun estando casi destruidas. Contra la paranoia se alza la venganza del que destruye sabiendo que va a ser destruido.

5. Escenarios de la guerra y la violencia

Hasta aquí se han mencionado los argumentos que se esgrimen habitualmente para justificar la guerra. Pero en lo que respecta a la violencia, es tan fundamental establecer la legitimidad de los principios invocados para el derecho a hacer la guerra, como tratar los posibles derechos de los que sufren las guerras. Y esto se corresponde con la distinción tradicional entre *ius ad bellum* (derecho a la guerra) y el *ius in bello* (derecho en la guerra). A lo largo del siglo xx se han realizado intentos muy meritorios para regular las guerras, ya que se han establecido mecanismos jurídicos internacionales para tratar de evitarlas. Que estos intentos no hayan tenido todo el éxito deseable es otra cuestión. Sin embargo, esa mejora se corresponde con un empeoramiento de la suerte que corren aquellos que sufren las guerras, porque los conflictos bélicos nunca han afectado a tantas personas y de una forma tan cruel.

12. Citado en Walzer (2001a), p. 31.

A partir de la Primera Guerra Mundial, los escenarios de la guerra se amplían. La violencia pasa a ser un fenómeno que alcanza a los que no hacen materialmente la guerra, ya que son agredidos con una supuesta legitimidad debido a que las leyes de la guerra lo permiten. En el momento en que todos los miembros de una sociedad están implicados en la guerra, la violencia ocupa nuevos escenarios y nuevos propósitos sin precedentes. Esta globalización de la violencia se ha dado en dos escenarios.

El primero se produce cuando se establece quiénes pueden y deben ser soldados de la contienda. Así, nunca como en los tiempos más recientes se ha aplicado con tanta exactitud el denominado *complejo de Abraham*, que legitima la violencia en el mismo seno de las sociedades que hacen la guerra al invocar su derecho a sacrificar a sus hijos, sus miembros más jóvenes, con fines bélicos. Los Estados europeos han sufrido este síndrome de forma especial durante gran parte de los últimos dos siglos en periodos que podrían denominarse de *militarismo civil*, durante los cuales cualquier varón era un soldado potencial. Los servicios militares forzosos impuestos de forma sistemática desde la Revolución francesa han sido el mecanismo de aplicación de ese *complejo* que ha eliminado generaciones enteras de jóvenes en los Estados en conflicto.

El segundo tipo de escenario se desarrolla entre la población civil cuando desaparece la diferencia entre frente de combate y retaguardia, y toda la población puede ser objeto de la violencia bélica. Tres ejemplos servirán para la reflexión sobre este asunto:

La ejemplaridad o advertencia: *Síndrome Hiroshima o Londres*

Así, superados los términos clásicos del ataque y la defensa y su circunscripción a la labor de los ejércitos, la población civil pasa a ser rehén y pieza estratégica para el curso de los mismos. En el caso del bombardeo de Londres por la aviación alemana durante la Segunda Guerra Mundial o del lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima, la población civil fue utilizada como rehén para hacer variar las intenciones del enemigo. Aquí se inicia de manera radical el uso de la sociedad entendida como opinión pública que en nuestros días tiene tanta importancia a la hora de *vender* guerras. Los bombardeos sobre Inglaterra en 1940 determinaron al gobierno británico a la guerra definitiva contra Alemania. En el caso de Hiroshima, se trataba de demostrar ante la opinión pública mundial quién era el más fuerte, esta vez en términos científicos.¹³

El valor de la venganza: *Síndrome Dresde*

En las noches del 13 y 14 de febrero de 1945, cuando las fuerzas soviéticas avanzaban hacia Berlín y la guerra estaba claramente decantada

13. Lifton, Mitchel (1995): *Hiroshima in America: Fifty Years of Denial*, Putnam Book, especialmente parte IV, pp. 301 y ss.

en contra de Alemania, la aviación británica llevó a cabo un bombardeo masivo contra la ciudad de Dresde,¹⁴ donde no había objetivos militares ni industriales, en el que perecieron entre 150.000 y 200.000 personas, en su mayoría civiles y refugiados, una cifra comparable con la de Hiroshima. Los analistas lo han calificado como un regalo de los aliados a Stalin, pero cabe la interpretación de la venganza. La venganza, para que cobre toda su dimensión catártica, ha de ejercerse contra la parte más débil, es decir, la sociedad civil. En la actualidad hay muchas formas de venganza dentro de los estados de guerra no declarados o de las paces declaradas: los embargos económicos, la muerte indiscriminada de población civil en las narcoguerras, la venta de armas a posibles aliados que las usan en nuestro nombre, etc.

Exterminio del enemigo: *Síndrome Holocausto*

Habitualmente, el tratamiento que ha recibido el Holocausto es el de situación aparte, el de un agujero negro imposible de explicar o definir y que excede a nuestra visión tradicional o espontánea de guerra; un hito de irracionalidad oscura y salvaje que no acaba de encajar en ningún esquema de lógica económica, estratégica o política. Pues bien, completando las tesis de Amery, se podría decir que por parte del Estado nazi se trataba de una guerra desarrollada siguiendo las pautas de una lógica extrema (racionalidad) para un fin absoluto. El uso de la violencia contra el pueblo judío (el enemigo interior) se ajusta a un derecho elaborado durante doce años por el Tercer Reich, está justificada y legitimada por medio de un proceso de propaganda y de xenofobia cultural excretaada e interiorizada durante siglos, y se ejerce de forma discriminada y no indiscriminada, es decir, se aplica contra un objeto absolutamente específico y sin excepciones por un colectivo de profesionales reconocidos como tales por la sociedad. Siguiendo la lógica absoluta de la violencia (la destrucción total del enemigo), se puede aventurar que el Holocausto¹⁵ es el primer ejemplo de la aplicación de los principios de la guerra de manera absoluta donde la violencia adquiere el estatuto de arma total. ¿Es la violencia pura deducida lógicamente de un estado de guerra asumido públicamente como legítimo?

6. ¿Quién desea la guerra?

La guerra es el escenario por antonomasia para una violencia legítima, ahora global e indiscriminada. Sin embargo, la legitimación de la violencia no es territorio exclusivo de ella. Es en la paz donde la guerra se fragua, se alienta, se construye y se legitima. Si se formula la pregunta ¿cuál podría considerarse el primer arma utilizada por el hom-

14. Irving, D. (1990): *Apocalypse 1945, the destruction of Dresden*, Papermac, Paperback.

15. *Shoah*, película de Claude Lanzmann, 1985 (Francia. 566 min.).

bre?, ¿sus puños?, ¿una piedra? Cabría responder que es la palabra. La palabra es el desencadenante primero y último de las guerras; no en vano, las guerras contemporáneas, sean de la clase que sean, suelen venir precedidas por todo un arsenal propagandístico cuya misión es legitimarlas. El proceso de legitimación puede llevar más o menos tiempo, o ser más o menos explícito, pero siempre se da en la fase previa al conflicto explícito.

Se podrían ofrecer numerosos ejemplos de ello, pero sería interesante detenerse en un ejemplo contemporáneo, el conflicto entre cualquier grupo terrorista y un Estado constituido y civil. En este caso, con independencia de que el Estado no actúe como si estuviera en estado de guerra, la organización terrorista sí suele hacerlo. Así, proclama tener una causa para justificar y considerar legítimo, de una manera pública, el uso de la violencia indiscriminada con su consecuente coste de víctimas. Y no sólo la justifica sino que la ejerce. El grupo terrorista se considera a sí mismo públicamente en guerra con el estado civil. ¿Qué hace el Estado ante esta agresión? Podría a su vez declarar el estado de guerra invocando el principio de legítima defensa, y no lo hace. En el momento en que lo hiciera estaría otorgándole estatuto de igual a la banda terrorista y, por tanto, entraría en la dialéctica de la guerra. No obstante, entre el follaje de opiniones, teorías y análisis que se hacen en torno a este tema, conviene poner de manifiesto los usos del lenguaje por parte de quienes hacen acopio de aquellos argumentos, respuestas, sentencias y afirmaciones encaminados a garantizar de parte de quién está la razón, y en ocasiones, a justificar de manera balbuceante el uso de la legítima defensa o la necesidad de las acciones preventivas. El paso siguiente es legitimar o reconocer un estado de guerra. Este ejemplo sirve para desmascarar el sibilino peligro que tienen todas y cada una de las palabras sobre la guerra en los *estados de paz* y para poner la atención en el hecho de que la prevención contra la violencia comienza en el discurso. Una vez lanzada, la maquinaria de la legitimación rara vez se detiene.

7. Coda fuera de tiempo

Mientras el lector reflexiona sobre las líneas anteriores se desarrollan guerras de las que apenas tiene información, de las que desconoce casi todo. Es difícil pensar en un momento de nuestra historia reciente sin conflictos armados, aunque no todos adquieran la misma proyección. Los que la consiguen, y logran un lugar en las primeras planas de los periódicos, no son los más cruentos, ni los más justos, ni siquiera los más injustos. En África Central, por ejemplo, se desarrollan actualmente guerras de una enorme crueldad. Allí mueren decenas de miles de personas, habitualmente civiles, existen cientos de miles de desplazados, se forman ejércitos de niños y adolescentes que combaten contra otros de igual composición. Sólo de forma ocasional llegan a la prensa, y todavía me-

nos a la televisión. Son las *guerras olvidadas* por Occidente. No son guerras *entre ellos*, entre los locales, ya que casi siempre detrás de esos conflictos existen intereses de países ricos que las alimentan, o que las han alimentado en el momento de su origen, tan lejano y confuso, tan olvidado como su desarrollo actual. En esos países africanos, las guerras que duran décadas están asociadas con procesos de independencia, con su futuro económico y su patrimonio, con viejas disputas, unas veces alentadas y otras creadas por los antiguos colonizadores. En todo caso, sea cual sea su causa, la buena conciencia requiere un pudoroso olvido.

De este estado de amnesia salen a veces las sociedades occidentales de una forma súbita. Esos estados de conciencia colectiva se activan cuando los conflictos son demasiado próximos, cuando afectan a la sociedad civil y a su organización. Es la *proximidad* un factor determinante que permite la recuperación de la memoria. Ése fue el detonante del 11 de septiembre de 2001 o el de cualquier acción terrorista en una sociedad bien organizada. Otro factor es el de la *globalización de la amenaza* que está en el fundamento de la guerra entre los ejércitos anglosajones e Irak. Tal *globalización* se produce en las dos partes, los primeros se sienten agredidos porque creen que pueden serlo y los segundos porque saben que van a serlo inexorablemente. Por parte de las sociedades del primer mundo se presenta, en primer lugar, como un conflicto dependiente de los conocimientos científicos y tecnológicos disponibles para poder hacer la guerra. En segundo, por la necesidad de asegurarse el predominio neto, o la exclusiva, en la aplicación de esos conocimientos. Las razones económicas emergen al lado de esa globalización de la amenaza. Finalmente, se considera que la organización social *interna* conseguida en los países supuestamente agredidos es una traducción de la ventaja moral que posee una cultura frente a otra. Esa ventaja es el mejor argumento para legitimar la guerra *externa*. Se concluye diciendo que, una vez más, la civilización, única, debe luchar contra la barbarie, siempre plural.

La guerra de Irak provocó esa salida de la amnesia en dos direcciones ortogonales. En primer lugar, se llevó a cabo una evaluación de si se debía permitir o no la supervivencia de un régimen político, ya establecido desde hacía décadas con el consentimiento y ayuda de los países del primer mundo ahora amenazados; y esa ponderación se hizo en función de intereses que provenían del exterior. Era la primera vez que se realizaba públicamente una valoración semejante desde que terminó la política de bloques. En segundo lugar, la polémica sobre la liquidación del régimen baasí dividió a los antiguos aliados, poniendo de manifiesto la deriva hacia un nuevo reordenamiento estratégico mundial. Países a los que la historia de la guerra debe tanto, como Francia y Alemania, fueron tildados por Estados Unidos de hipócritas. Por otra parte, Estados Unidos y sus aliados fueron calificados por aquéllos de cínicos. Ambos sólo se equivocaban en la mitad, ya que todos ellos parecían ser las dos cosas. Finalmente, decidió la parte que disponía de mayor poder, el ejérci-

to más poderoso. Se ganó la guerra de Irak, como era de esperar. La *amenaza global* resultó ser un fantasma y como tal fantasma se volverá a aparecer tantas veces como la paranoia lo requiera. El acto de fuerza fue un signo importante por parte de Estados Unidos y sus aliados, ya que probablemente será la base sobre la que intentará asentar su autoridad en las próximas décadas. Será muy interesante estar alerta, por las consecuencias que pueda acarrear.

8. Filmografía

El cine es la expresión artística y cultural más genuina del siglo xx. Su nacimiento, desarrollo y madurez corren paralelos a la propia historia de este siglo. Además, proporciona los elementos del imaginario colectivo donde se produce. De la importancia que han concedido los cineastas a los temas relacionados con la guerra se puede concluir que no es una herramienta en absoluto despreciable para su análisis. Ninguna filmografía que pretenda ilustrar la naturaleza de la guerra y los escenarios de la violencia que ésta propicia puede agotarse con los títulos sugeridos. No obstante, han sido elegidos porque suponen un complemento a todos los temas u aspectos que se tratan a lo largo de este artículo.

Alemania año cero, Roberto Rossellini, 1947 (Italia-Alemania-Francia. 78 min.).

Obra fundamental del neorrealismo italiano. Imágenes documentales de Berlín tras el fin de la contienda. El desastre se encarna en el sufrimiento de la población civil que se simboliza con total rotundidad en el suicidio de un niño alemán. La historia ha de recomenzar en 1945.

Apocalypse Now, Francis Ford Coppola, 1979 (Estados Unidos. 153 min.).

En el infierno de Vietnam, el capitán Willard se adentra en las selvas de Camboya para asesinar a un oficial renegado, Green Beret. Se trata de un viaje de regreso que nos lleva desde la civilización hacia la barbarie, de la razón a la locura, de la legitimación de la guerra a la lógica de los ritos mitológicos de la sangre.

Asaltar los cielos, José Luis López Linares y Javier Ríoyo, 1996 (España. 93 min.).

Documental que reconstruye el asesinato de León Trotski. Una valiosísima recopilación de testimonios y fuentes originales que nos permite recuperar algunos de los decorados interiores de la Guerra Fría.

Ararat, Atom Egoyan, 2002 (Canadá-Francia. 116 min.).

Producción del realizador canadiense de origen armenio Atom Egoyan que rememora el genocidio del pueblo armenio a manos turcas en 1915 desde una perspectiva contemporánea. Egoyan trata los temas esenciales en la reconstrucción de la memoria histórica: hechos *versus* invención, búsqueda de la identidad, arte *versus* historia, relaciones gene-

racionales, redención, reconciliación y la violencia retrospectiva y sus efectos en el presente.

El capitán Conan, Bertrand Tavernier, 1996 (Francia. 129 min.).

Primera Guerra Mundial. El lema del despiadado soldado Conan es: «Olvidamos tomar prisioneros.» Al llegar la paz Conan es incapaz de adaptarse. Tavernier propone un análisis de la violencia como un estado de conciencia construido a lo largo de su praxis extremadamente difícil de desmontar.

El emperador y el asesino, Chen Kaige, 1999 (Francia-Japón-China. 163 min.).

Superproducción histórica sobre el primer emperador que trata de unificar todos los reinos de China. La violencia en sus variantes más perversas llevada a cabo por ejércitos que llegaban al millón de hombres está justificada por un mandato superior: «Unir todo lo que hay bajo el cielo.» Patrón muy interesante para analizar las guerras imperiales.

El juicio de Nuremberg, Stanley Kramer, 1961 (Estados Unidos. 178 min.).

Clásico norteamericano que recrea cómo se llevaron a cabo los juicios de Nuremberg y que deja entrever sus limitaciones y defectos, las presiones políticas del momento, el comienzo de la Guerra Fría y los primeros intentos de definir el concepto de crimen de guerra aplicable en un ámbito jurisdiccional internacional.

El nacimiento de una nación, D. W. Griffith, 1915 (Estados Unidos. 190 min.).

Esta película no sólo marca el nacimiento del cine, sino el de una nación hoy todopoderosa (Estados Unidos) a partir de las polaridades de una guerra (la civil), de la violencia de la comunidad blanca contra la negra, de un asesinato (el de A. Lincoln), y de la guerra entre sistemas de principios y valores morales y políticos.

En tierra de nadie (No Man's Land), Danis Tanovic, 2001 (Eslovenia. 98 min.).

Cinta que avergonzó a Europa, a sus instituciones y sus ciudadanos recreando la impotencia, la parálisis y la desidia de todos los *agentes* desplegados en la ex república yugoslava para evitar la muerte en una trinchera situada en tierra de nadie de un soldado serbio y otro bosnio con bandera blanca.

Espartaco, Stanley Kubrick, 1960 (Estados Unidos. 161 min.).

Clásico en el que podemos ver cómo cualquier poder imperial se niega a reconocer el estatuto de guerrero a un individuo y a sus seguidores (esclavos, terroristas, guerrilleros, etc.). En el momento en que se le reconoce como a un igual, se dispara el proceso de legitimación del enemigo.

Extranjeros de sí mismos, José Luis López Linares y Javier Ríoyo, 2000 (España. 81 min.).

Documental con testimonios de personas todavía vivas sobre las brigadas internacionales que vinieron a España en la guerra civil: brigadistas que acudieron a socorrer al ejército rojo, brigadistas italianos del

bando nacional y la división azul. Turbador retrato psicológico de un viaje interior desde el ideal de la guerra hasta el absurdo y el horror inherentes a ella.

Gettysburg, Ronald F. Maxwell, 1993 (Estados Unidos. 261 min.).

Cinta que describe con gran fidelidad una batalla decisiva en la guerra civil americana, donde se produjo el ocaso de los cánones de guerra tradicional acotada para dar paso a los nuevos modos de guerra contemporánea. Evitando los aspectos dramáticos convencionales, esta película es una clase sobre estrategia, cálculo, disposiciones y errores militares que llevaron a la muerte a 43.000 soldados.

Julius Caesar, Joseph L. Mankiewicz, 1953 (Estados Unidos. 120 min.).

Toda la fuerza *shakespeareana* al servicio de la disección del binomio guerra y poder a través del tiranicidio.

Lawrence de Arabia, David Lean, 1962 (Gran Bretaña. 216 min.).

Esclarecedor filme sobre el colonialismo europeo, la historia política de Arabia Saudita, el despertar de la conciencia de nación árabe, las consecuencias de la geoestrategia derivada de la Primera Guerra Mundial, el papel de la prensa en los conflictos bélicos, el componente sadomasoquista y romántico del soldado vocacional y el *choque de civilizaciones*.

Lluvia negra, Shohei Imamura, 1989 (Japón. 123 min.).

Basada en la novela de Masuji Ibuse, retrata la vida de los supervivientes de Hiroshima tras la caída de la bomba atómica. Un estudio sobre la interiorización de un *horror*, la destrucción total y los efectos de la radiación en el cuerpo humano, hasta la fecha inédito en la Humanidad. Pero además, sólo un director como Imamura es capaz de utilizar la bomba atómica como punto de partida para la crítica de la propia sociedad japonesa.

Molok, Alexander Sokurov, 1999 (Alemania-Rusia-Japón-Italia-Francia. 108 min.).

Entre el documental y la ficción, el gran cineasta ruso Sokurov descompone la naturaleza psicológica del personaje Hitler.

Nuit et brouillard, Alain Resnais, 1955 (Francia. 32 min.).

En media hora Resnais realiza un mecano visual que reconstruye con precisión minimalista y aterradora el engranaje de las fábricas de la muerte nazis.

Senderos de gloria, Stanley Kubrick, 1957 (Estados Unidos. 86 min.).

Guerra de trincheras en la Primera Guerra Mundial. Con maestría *beckettiana*, en esta cinta Kubrick analiza las leyes de la cadena de mando dentro de la jurisdicción militar, el concepto de la obediencia debida, el uso de la carne de cañón por motivaciones espurias a las necesidades militares, el concepto de cobardía, la pena de muerte en el código militar y la lógica de las mentes criminales toleradas en tiempos de paz que están al mando en tiempo de guerra.

Shoah, Claude Lanzmann, 1985 (Francia. 566 min.).

Simone de Beauvoir calificó esta obra como «el acontecimiento del siglo». Efectivamente, al menos en términos cinematográficos, lo es. Este

documental de más de nueve horas sobre el Holocausto no ha sido superado por ningún otro cineasta y constituye un documento vivo para la historia.

Sin novedad en el frente, Lewis Milestone, 1930 (Estados Unidos. 131 min.).

También sobre la Primera Guerra Mundial, cuyo costo de víctimas proporcionalmente comparado con la Segunda Guerra Mundial, fue escalofriante, canta el tema de Abraham: «Sacrifiquemos a nuestros adolescentes, la muerte es obligatoria.»

Sobibor, 14 octubre 1943, 16 heures, Claude Lanzmann, 2001 (Francia. 95 min.).

Aquí Lanzmann relata el único intento con resultado positivo de revuelta en un campo de concentración a través del testimonio de un superviviente.

Stalingrado, Joseph Vilsmaier, 1993 (Alemania-Suecia. 135 min.).

Cuatro soldados alemanes sufren un proceso de destrucción moral y psicológica durante la batalla de Stalingrado. El soldado alemán en su cara nunca relatada, retratado por un director alemán.

Octubre, S. Eisenstein y Grigori Aleksandrov, 1927 (Unión Soviética. 103 min.).

Una obra maestra del cine mudo documental sobre los diez días que sacudieron al mundo. Octubre de 1917, los bolcheviques liderados por Lenin tomaron el Palacio de Invierno destituyendo al gobierno provisional.

Rachida, Yamina Bachir-Chouikh, 2002 (Francia-Argelia. 110 min.).

En la Argelia actual, donde no se reconoce el estado de guerra civil, una joven profesora sufre un atentado terrorista. Escondida en una aldea rural, contempla el escenario de violencia salvaje en el que está sumido el país donde factores religiosos, económicos, tribales y políticos juegan un papel definitivo y silenciado.

Underground, Emir Kusturica, 1995 (Alemania-República Federal Yugoslava-Hungría. 167 min.).

Fábula realizada por el director serbio Emir Kusturica que abarca desde la Segunda Guerra Mundial hasta la guerra de los Balcanes de la década de los 90. El comunismo, la Guerra Fría, la corrupción política y moral vistas a través de un surrealismo circense y sardónico, donde amigos, primos y hermanos tejen la historia subterránea de la cultura del chanchullo, la traición, el ventajismo y la desilusión política.

Yadon Ilaheyya (Intervención divina), Elia Suleiman, 2002 (Francia-Palestina-Marruecos-Alemania. 100 min.).

Retrato humorístico sobre la vida cotidiana en el *Check Point* entre Ramala y Jerusalén. La autocrítica aparece en la descripción mordaz de los odios y miserias vecinales en unos territorios sometidos al aislamiento y la vejación.

Bibliografía

- Aristóteles (1985): *Ética a Nicómaco*, Centro de Estudios Constitucionales.
- Amery, C. (2002): *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI?*, Turner/FCE.
- Barnaby, W. (2002): *Fabricantes de epidemias, el mundo secreto de la guerra biológica*, Siglo XXI de España Editores.
- Bédarida, F. (2002): *Churchill*, FCE.
- Beevor, A. (2002): *Berlín, la caída*, Editorial Crítica.
- Blunden, E. (2000): *Undertones of war*, Penguin.
- Bobbio, N. (1981): *El problema de la guerra y las vías de la paz*, Editorial Gedisa.
- Bull, M. (1998): *La teoría del apocalipsis milenarista*, FCE.
- Clausewitz, C. V. (1999): *De la guerra*, Ed. Ministerio de Defensa.
- Irving, D. (1990): *Apocalypse 1945, the Destruction of Dresden*, Papermac.
- Keegan, J. (1976): *The Face of Battle*, Pimlico.
- (1994): *A History of Warfare*, Pimlico.
- (1999): *War and Our World*, Pimlico.
- Lepick, O. (1998): *La grande guerre chimique 1914-1918*, Presses Universitaires de France.
- (1999): *Les armes chimiques*, Colección: Que sais-je?, Presses Universitaires de France.
- Lifton, M. (1995): *Hiroshima in America: Fifty Years of Denial*, Putnam Book.
- Luckhan, R. (1986): *La cultura de las armas*, Editorial Lerna.
- Malinowski, B. (1975): «La cultura», en *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Editorial Anagrama.
- O'Connell, R. (1989): *A History of War, Weapons and Agression*, Oxford University Press.
- Russell, B. (1963): *La guerra nuclear contra el sentido común*, Editorial Aguilar.
- Salomón, J.-J. (2001): *Le scientifique et le guerrier*, Éditions Belin.
- Silkin, J. (ed.) (1996): *The penguin book of first world war poets*, Penguin.
- Steiner, G y Spire, A. (1999): *La barbarie de la ignorancia*, El Taller de Mario Muchnik.
- Sunzi (2001): *El arte de la guerra*, Editorial Trotta.
- Walzer, M. (2001a): *Guerras justas e injustas: un razonamiento moral con ejemplos históricos*, Editorial Paidós.
- (2001b): *Guerra, política y moral*, Editorial Paidós.